

Vulnerables

JOSEP OTÓN

En mayo de 1992, el papa Juan Pablo II instituyó que cada 11 de febrero, día de la memoria litúrgica de la Virgen de Lourdes, se celebre la Jornada Mundial del Enfermo para sensibilizar a los cristianos, y a toda la sociedad, sobre la necesidad de asegurar la mejor asistencia posible a aquellos que sufren algún problema de salud.

La palabra enfermo proviene de “infirmus” que en latín significa: “el que no está firme”. Es sinónimo, por tanto, de débil, frágil, endeble. Cuando nos sentimos firmes, seguros, fuertes, podemos caer en el espejismo de pensar que somos autosuficientes, que nos valemos por nosotros mismos.

Pero la enfermedad es un recordatorio de nuestra connatural precariedad. Nos hace darnos cuenta de hasta qué punto somos seres indigentes, sometidos a los avatares de la condición humana. Y si, por la razón que sea, gozamos de buena salud, o de bienestar económico, no nos podemos olvidar de aquellos que sufren los golpes asestados por la vida.

La auténtica solidaridad no es un acto de conmisericordia. Implica reconocer que todos viajamos en el mismo barco, zarandeados por el oleaje de la existencia. Entonces dejamos de dar lo que nos sobra y compartimos lo que somos; porque, en un momento u otro, todos podemos ser víctimas de los envites de la naturaleza.

Durante siglos, en el seno de la Iglesia han nacido multitud de vocaciones dedicadas a la atención de los enfermos. Se trata de un gesto profético que nos recuerda cómo la vulnerabilidad constituye parte de nuestra esencia y que la fe no es una llamada a no inhibirnos, sino a comprometernos para aliviar los efectos dolorosos de esta fragilidad humana. *

